

CAPITULO IX.

SÉGUNDA ÉPOCA DE RIVALIDAD ENTRE LAS CASAS DE FRANCIA Y DE AUSTRIA : INTERVENCION DE TURQUÍA Y DE INGLATERRA (1529-1547).

Nuevo sistema de alianzas de la Francia. — Cárlos V sobre Túnez y Argel : tercera guerra con Francia (1536-1538). — Cuarta guerra (1542-1544).

Nuevo sistema de alianzas de la Francia

La rivalidad de las casas de Francia y de Borgoña que comenzó en el puente de Montereau (1419) con el asesinato de Juan Sin Miedo, expuso al reino á grandes peligros en las épocas de Cárlos VI, Cárlos VII y Luis XI. La muerte del Temerario puso fin á todo esto ; mas del tronco quebrado de la casa de Borgoña brotaba una rama nueva, la casa de Austria y España. En tanto que apareció dividida y representada por niños, los réyes franceses pudieron aventurarse en la brillante aunque inútil y peligrosa carrera de las conquistas lejanas, siendo aquel el tiempo de las primeras expediciones á Italia (1494-1516) ; pero cuando vino á reunirse en manos del hombre prudente y sagaz que quiso ser otro Carlo Magno, comenzó la segunda lucha. La primera valió á la Francia la Borgoña, la segunda la costó un título, la soberanía sobre Flandes y el Artois, y la cerró las puertas de Italia en donde dominó la casa de Austria. El reino se encontró ceñido á lo largo de sus fronteras terrestres desde el Adour hasta el Somme, por un círculo de posesiones enemigas, que eran España, Italia, el Franco Condado, Alemania y los Países Bajos, todo en manos del

emperador. No bastaba, pues, para romper tan formidable círculo la espada de la Francia, mellada en Pavía, sino que era preciso reunir, fuesen cuales quisieren, á todos aquellos que se creían amenazados por las ambiciones imperiales.

La derrota que sufrió Francisco le hizo ser mas cauto en su funesta inclinacion de imitar las hazañas de los antiguos caballeros. Ahora conocia que no basta el denuedo del soldado para llevar á buen término las empresas políticas, y buscó aliados á toda costa, sin reparar en sus nombres ni significacion, como el rey cismático de Inglaterra, los protestantes de Alemania y hasta los otomanos, tan aborrecidos en aquel tiempo.

Corto fué el auxilio que los ingleses prestaron á Francisco. Enrique VIII (1509-1547) tenia por lema : « Quien yo defendo es amo, » con lo cual se prometia no defender á nadie hasta el extremo. Efectivamente, estaba en posicion de mantener el equilibrio entre los dos poderosos rivales que se disputaban la supremacía en Europa ; pero era un rey voluptuoso y sanguinario muy dado á sus pasiones para seguir en línea recta un sistema constante y uniforme. En la época de Luis XII tomó parte en la gran coalicion contra Francia ; la victoria de Mariñan le inspiró envidia, y despues de la eleccion de Cárlos pareció inclinarse al que no tenia mas que una corona. Sin embargo, Francisco I hirió su vanidad en la entrevista del campo del Paño de oro y perdió su alianza. En 1521 firmó un tratado con Cárlos V, y pocos meses despues declaró la guerra á Francia. Francisco respondió al ataque uniéndose con la Escocia y con los rebeldes de Irlanda. Un ejército inglés llegó en 1523 hasta las orillas del Oise. Viendo que Cárlos V se hacia muy poderoso con su victoria de Pavía, Enrique VIII negoció con la regente de Francia y escribió en el tratado la cláusula singular de que Luisa de Saboya no toleraria ningun desmembramiento del territorio francés en provecho de Cárlos V, considerando que la integridad de aquel territorio era la garantía de la independenciam de Europa. Francisco confirmó el tratado que hizo su madre durante su cautividad ; pero Enrique se dió por satisfecho con haber

alarmado á Carlos V hasta el punto de arrancarle la libertad de su prisionero, y volvió á quedarse neutral, pues no deseaba mas el triunfo de Francia que el de Austria.

A mayor abundamiento, tenia entonces pendiente una cuestion que le importaba sobremanera, y era la del divorcio con su primera esposa, tia del emperador. En 1529 pidió consulta sobre el asunto á las universidades francesas, que se guardaron muy bien de emitir una opinion contraria, y así fué que durante algunos años se inclinó Enrique á la Francia; pero ya volvia á apartarse cuando estalló la nueva guerra.

No sucedió lo mismo con la alianza otomana. Reinaba á la sazón el célebre sultan Soliman II, tan belicoso como su padre Selim; pero amigo de las artes, protector de las letras y autor del código intitulado el *Kanunnamé*, por todo lo cual mereció el triple sobrenombre de conquistador, magnífico y legislador. Anteriormente á él, los turcos no eran para los cristianos mas que unos bárbaros que venian á imponer con el alfanje una religion execrada, en tanto que, bajo su reinado, llegaron á figurar entre los pueblos de Europa y desempeñaron un importante papel en sus destinos. Francisco I fué quien introdujo á los otomanos en la política europea. Echáronle en cara como un crimen sus relaciones con los musulmanes, y tambien él parecia sonrojarse de aquel contacto; pero real y verdaderamente, menos peligroso era el imperio otomano para Europa que el poderío y la ambicion crecientes de la casa de Austria. Además, si Francisco I obtuvo la alianza otomana, Carlos V la solicitó; y por último, la religion ganó en ello, pues que los cristianos de Oriente así como todos los traficantes que navegaban con bandera francesa, tenian cierta seguridad con la proteccion que les podian dar los cónsules de Francia. Las grandes conquistas de Soliman contra los cristianos son anteriores al tratado que concluyó en 1534 con el rey de Francia, como se puede ver por las siguientes fechas: en 1521 tomó á Belgrado, baluarte de Hungría, al cabo de doce asaltos; en 1522 á la cabeza de 150,000 hombres y 400 naves quitó Rodas á los Hospitalarios, no obs-

tante la heroica resistencia del gran maestre Villiers de l'Isle Adam, que se defendió cinco meses; y en 1526 se apoderó de Peterwaradin y alcanzó la señalada victoria de Mohacz. ¡Fatal jornada en la que destruyó con sus 200,000 hombres que habian pasado el Danubio todo el ejército húngaro, sucumbiendo en el desastre Luis II, el último Jagellon de Hungría!

Correspondia la corona de Hungría á Fernando de Austria, cuñado de Luis II; pero Soliman sostuvo contra el hermano de Carlos V á Juan Zapoli de raza madgiar. Todo el pais fué destrozado por los otomanos y hasta Buda cayó en su poder (1529). Zapoli se reconoció vasallo de la Puerta, el príncipe de Moldavia hizo lo mismo, y Soliman, que no encontraba ya obstáculos en el Danubio, penetró en Austria y puso sitio á Viena. El tratado de paz de Cambray se firmó el 3 de agosto, esto es, cuando los turcos marchaban sobre Viena á donde llegaron el 26 de setiembre. Comparando las dos fechas se descubre la razon de la *paz de las Damas*. Viena tenia de guarnicion 20,000 soldados que habian hecho las guerras de Italia, y de gobernador al bizarro conde de Salm. El sultan debió renunciar á su empresa al cabo de veinte asaltos infructuosos, y para compensar su descalabro coronó rey de Hungría en Buda á su vasallo Juan Zapoli.

Dos años despues conquistó la Esclavonia, y en 1532 volvió á Hungría con 300,000 hombres. Afortunadamente le detuvo un mes la pequeña plaza de Guns en Estiria, y entretanto recibió la primera embajada de Francisco I con una magnificencia extraordinaria. Prometíase invadir la Alemania; pero Carlos V habia tenido tiempo de reunir 150,000 combatientes. Desde el tiempo de las cruzadas no se habian visto en Europa tantos soldados juntos. Luteranos y católicos se dieron la mano contra la media luna, y Francisco I no se atrevia á secundar á su temible aliado con una diversion en el Rin ó en Italia. No hubo, sin embargo, accion general. Pasadas seis semanas se retiró el sultan, porque supo que entraba en los Dardanelos una escuadra española (1532).

Por fin Francisco I se decidió en 1534 á declarar sus relaciones con Soliman, y concluyó con la Puerta el primero de aquellos tratados conocidos con el nombre de *Capitulaciones*, y en cuya virtud obtuvo la Francia el protectorado de los Santos Lugares, el derecho de establecer factorías en las costas del Levante y la libertad de comercio para su bandera. Tales fueron las cláusulas públicas de la alianza; pero en secreto prometió el sultan que atacaría á Nápoles, al propio tiempo que el rey atacaría al Milanesado. Francisco entabló tambien negociaciones con los príncipes que acababan de formar la liga de Smalkade (1532) contra Cárlos V.

El papa se reconcilió con la oferta que le hizo Francisco de casar al delfin con su sobrina Catalina de Médicis. Clemente VII murió á poco tiempo, por lo cual se vió comprometida la ventaja que se esperaba de aquella union desigual con la hija de los banqueros de Florencia; pero de todos modos la política pontificia se inclinaba hácia la Francia desde que la casa de Austria poseía Nápoles y codiciaba Milan. Hasta en Roma subordinaban entonces el interés religioso al interés político, si bien es justo decir que ambos intereses eran allí iguales entonces. En Francia llevaban la misma doctrina hasta sus últimos límites formando alianza con los turcos, aunque podian decir como Francisco, que « cuando los lobos acudian al rebaño, era permitido soltar los perros. » Lo cierto es que con las grandes sociedades modernas se creaban los grandes intereses nacionales, y que las cuestiones de nacion se sobreponian á las religiosas, prueba evidente de que la edad media había muerto.

Francisco I consolidó tambien su alianza con los escoceses, haciendo que su rey se casara con su hija primogénita (1536) y despues con María de Lorena, y firmando los primeros tratados de Francia con Dinamarca (1541), de cuyo modo formaba una coalicion de Estados secundarios propia para hacer frente al que aspiraba á la supremacía universal. Por último, añadiremos que organizó una infantería nacional de 42,000 hombres (*legiones provinciales*) á fin de

no tener que sufrir la ley de los mercenarios suizos ó alemanes.

Cárlos V sobre Túnez y Argel: tercera guerra con Francia (1536-1538).

En tanto que Francisco I se unia con los luteranos y los infieles, Cárlos combatía valerosamente contra estos, y aunque no lo hacia sino en provecho de su ambicion é interés, podia presentarse como defensor de los cristianos. La marina turca hacia notables progresos bajo la direccion del célebre Kayredin Barbaroja, pirata convertido en almirante que recorría sin cesar el Mediterráneo con las flotas otomanas; y mientras en Asia el sultan quitaba á los persas Tauris y Bagdad (1534) que recobraron el año siguiente, Barbaroja expulsaba de Túnez al bey Muley Hasan. Como en otros tiempos Cartago bajo Genserico y Biserta bajo los Aglabitas, Argel y Túnez se hicieron guaridas de corsarios y desapareció la seguridad en todo el litoral de España y de Italia. Cárlos V envió dos expediciones á cual mas famosas: en la primera, sus 400 bajeles mandados por Doria se apoderaron de la Goleta á la entrada del golfo de Túnez y alcanzaron la libertad 20,000 cautivos (1535); pero menos afortunado seis años despues, una espantosa tormenta dispersó sus naves en las aguas de Argel, salvándose con trabajo algunos restos (1541). El emperador protegió mejor el comercio de los pueblos cristianos cediendo la isla de Malta á los caballeros de Rodas (1530), intrépida milicia formada de lo mas escogido de todas las noblezas de Europa que hizo con feliz éxito la policia del Mediterráneo. Su guerra era de astucias y estratagemas, y no siempre los piratas salian bien; pero de todos modos, no fué posible impedir que Dragut, émulo de Barbaroja, se apoderase de Trípoli en 1551, con lo cual la Puerta, que era dueña de Egipto y soberana de los Estados berberiscos, se encontró sólidamente establecida en casi toda la costa septentrional de Africa.

Una mala accion del emperador rompió la paz de Cam-

bray. A instancias de Carlos V y con menosprecio del derecho de gentes, el duque de Milan mandó prender y ejecutar en un calabozo al enviado francés Merveille. Francisco se preparaba á pasar los Alpes para vengar aquel ultraje, cuando falleció el duque (1535); seguidamente declaró sus pretensiones sobre el Milanesado y para facilitar la conquista, se apoderó de los Estados del duque de Saboya. La casa de Saboya habia sido fiel á la Francia desde el tiempo de Luis XI, secundando las operaciones de los franceses allende los montes, que habrian sido, en verdad, muy dificultosas sin aquel auxilio del guardian de los Alpes; mas en 1521 el duque Carlos III se casó con una cuñada de Carlos V, y desde entonces comenzó á vacilar su amistad hasta que se cambió en sentimiento hostil despues de Pavía y del tratado de Cambray. Dueño de la Saboya y del Piamonte, que son las dos llaves de Italia, Francisco podia amenazar la dominacion española en la Península. Sin embargo, se dejó engañar por las promesas de Carlos V que no estando dispuesto para hacer la guerra, quiso ganar tiempo con negociaciones. Con efecto, terminó los preparativos y entonces, quitándose la máscara, pronunció contra su rival los mas terribles insultos en el consistorio de Roma, hallándose presentes los embajadores de los Estados cristianos (5 de abril).

Francisco, falto de dinero, debió limitarse á la defensiva, y aun cometió la imprudencia de confiar la guarda del Piamonte al incapaz y traidor marqués de Saluces. Todas las plazas fueron entregadas á los imperiales, y Carlos entró en la Provenza al frente de 60,000 hombres. En aquella ocasion estaba desconocido; habia perdido su serenidad y su prudencia, y lisongeándose de conquistar la Francia en una campaña, repartia anticipadamente los gobiernos y dignidades, y encargaba á su historiógrafo Pablo Jove que hiciera provision de tinta y plumas « porque le iba á dar tarea larga. » Montmorency, encargado de la defensa, no se atrevió á luchar contra los aguerridos soldados españoles y convirtió á la Provenza en un desierto. Excepto Arles y Marsella, desmantelaron todas las plazas fuertes, cegaron

los pozos, incendiaron los molinos y las granjas, los habitantes se refugiaron en los bosques ó en las montañas, y el emperador anduvo errante dos meses en aquel pais tan horriblemente devastado. Rechazado por los marselleses, se apoderó de Arles donde quiso coronarse rey de Provenza en la soledad, pues todo el mundo habia huido, nobles, magistrados y sacerdotes. De allí se encaminó á Aviñon en busca de una victoria que necesitaba para alentar á sus huestes; pero Montmorency permaneció inmóvil, á pesar del ardor de sus tropas, y entonces los imperiales emprendieron la retirada, perseguidos por los aldeanos y diezmados por la disentería. En suma, del brillante ejército que debia conquistar la Francia, no salvó mas que algunos restos (1536). Carlos V se apresuró á salir de Italia para ocultar en España su humillacion.

Mientras se conducia tan admirablemente la Provenza, no hizo menos la Picardía, amenazada á la par por otro ejército imperial: en Saint-Riquier y en Perona las mujeres combatieron en las murallas al lado de los hombres. Los normandos no vieron en su pais al enemigo; pero fueron á buscarle, y las presas que hicieron sus corsarios á los españoles se calculan en 200,000 mil escudos de oro.

Francisco I inauguró la campaña siguiente con una ridícula ceremonia: emplazó á Carlos V á que compareciera ante el parlamento de Paris, y en rebeldía le condenaron culpable de felonía y le quitaron sus feudos de Artois y de Flandes. La tal ceremonia produjo una insignificante guerra de sitios, al cabo de la cual cansados los dos partidos, concluyeron una tregua de diez meses relativamente á la frontera del norte. En el mediodía, Francisco I reconquistó el Piamonte. Entretanto Soliman que, á la extremidad de su imperio, acababa de sojuzgar á los príncipes de Georgia y de Albania, desbarataba á los austriacos en Essek (1537), y por otra parte, su almirante Barbaroja devastaba las costas del reino de Nápoles. Alzóse en Italia un clamor general contra el rey de Francia, aliado de los otomanos, y el papa, que se hizo intérprete de la opinion pública, obligó á entrambos rivales á que aceptasen su mediacion y tuvieron

que concluir en Niza una tregua de diez años, conservando cada cual sus conquistas y siendo sacrificado el duque de Saboya (1538).

No tan fácilmente podían sacrificar á Soliman. Los dos príncipes que se disputaban la Hungría, Fernando de Austria y Zapoli, príncipe de Transilvania, se habían repartido aquel reino por el tratado de Wuitzen (1536); y el sultan, con pretexto de defender los derechos del hijo de Zapoli, amenazado por los alemanes, desbarató á estos, recobró Buda y casi toda la Hungría (1541). Ahora bien, como tres años antes había conquistado el Yemen y armado en el mar Rojo una escuadra para socorrer á los musulmanes de la India contra los portugueses, las banderas del sultan ondeaban desde las bocas del Ródano hasta las del Indo y su poder se extendía desde el Cáucaso hasta el Atlas africano.

Después de haber firmado la tregua de Niza, Carlos V y Francisco I celebraron una entrevista en Aguas Muertas. Montmorency, astuto cortesano que con su aparente austeridad disimulaba una ambición y una codicia sin límites, supo persuadir al rey de que el único medio de adquirir el Milanesado era formar una sólida alianza con Carlos V. Por ningún motivo quería Carlos ceder aquella provincia; pero la amistad del rey de Francia era en esta ocasión una buena fortuna para él, pues sus tropas se rebelaban en Italia y en Sicilia, y las Cortes de España le negaban recursos. No bien había salido de aquel apuro, surgió otro peligro. La poderosa ciudad de Gante se levantó y ofreció entregarse á la Francia; pero el rey no pensaba más que en el Milanesado, que le era inútil, y rehusó el ofrecimiento de Flandes que habría sido una adquisición mucho más preciosa. Hizo más aun: vendiendo á los que confiaban en él, dió cuenta al emperador de sus proposiciones, le convidó á que pasara por Francia para que pudiera castigar cuanto antes á los rebeldes y le recibió ostentadamente. Así creía obtener el Milanesado y se quedó sin Gante y sin Milan.

Una vez vencidos los flamencos Carlos V negó sus promesas. « Que me enseñen un escrito, » decía; y entonces

declaró que reservaba la investidura del Milanesado para su hijo Felipe. Avergonzado el rey con aquel engaño, se resolvió á emprender otra guerra y no esperó mucho la ocasión y los pretextos.

Cuarta guerra (1542-1544).

Del Vasto, gobernador del Milanesado, asesinó á dos agentes secretos que enviaba á Soliman (1540), creyendo que les encontraría las pruebas de la alianza del rey con los turcos; pero afortunadamente, los despachos se habían quedado en el Piamonte. Pocos meses después Carlos V atacó á los piratas de Argel; y ya sabemos que su expedición fracasó completamente (1541).

Tanto el atentado como el descalabro, hicieron apresurar á Francisco I los preparativos de la guerra. Seguro de Jacobo V de Escocia que se había casado con su hija primogénita en 1536, y luego con una princesa de la casa de Lorena, formó con los reyes de Dinamarca y de Suecia la primera alianza que unió á la Francia con los Estados escandinavos. Cinco ejércitos organizó á la vez para que atacaran el Rosellon, los Países Bajos y la Italia. No correspondió el resultado á sus esfuerzos. La campaña de 1542 fué infructuosa y además Francisco I perdió un aliado. Habíase propuesto Enrique VIII arrastrar al cisma al rey de Escocia; Jacobo V se negó, y amenazado por su poderoso vecino, se le adelantó é invadió la Inglaterra. Muchos nobles escoceses que habían adoptado la reforma de Calvino abandonaron á su rey una vez declarada la guerra. Jacobo V murió á los pocos días dejando una niña recién nacida, María Estuardo; y el año siguiente Enrique VIII contrajo una alianza ofensiva con Carlos V, en cuya virtud los dos soberanos debían penetrar simultáneamente en Francia y repartirse el reino. El emperador pudo obligar al duque de Cléveris, aliado de Francisco, á que se sometiera; pero no logró forzar la frontera del norte y en vano puso cerco á Landrecies. Entretanto Soliman atacaba por el este los dominios austriacos, arrebatando los territorios que le habían

resistido hasta entonces en Hungría, entraba en Austria, y sus naves reunidas con las de Francia bombardeaban á Niza, ciudad que pudieron tomar, sin la ciudadela. Los otomanos pasaron en Tolon aquel invierno (1543).

Una brillante victoria inauguró la campaña siguiente. Los franceses tenían puesto sitio á Carignan y del Vasto se acercó contra ellos. Oficiales y soldados, y mas que todos su fogoso jefe el conde de Enghien, deseaban responder al desafio de los españoles; pero el rey habia mandado que se evitara toda accion general. La ocasion, no obstante, era tan bella, que el conde de Enghien despachó á Montluc á Francia para pedir permiso, prometiendo que saldrian triunfantes, tanto que Francisco no pudo resistir, y entonces se vió un arrebato de entusiasmo digno de los dias de Mariñan. La córte se quedó desierta porque todos los nobles quisieron marchar al ejército, y el conde de Enghien recibió con doble placer á aquellos combatientes cargados de valor y de dinero. Magníficas fueron las cargas de la gendarmería; mas la batalla se habria perdido sin los infantes de las antiguas compañías suizas y francesas. Derrotados los imperiales, dejaron en el campo de batalla 12,000 muertos, con sus cañones y bagajes, en tanto que los franceses no perdieron mas de 200 hombres (1544).

Sin embargo, Francia tenia que combatir entonces contra la mitad de la Europa, y en lugar de invadir el Milanésado despues de la gloriosa jornada de Cerisoles, habria sido mas cuerdo destacar del ejército del Piamonte 12,000 hombres escogidos para defender la Picardía y la Champaña, á punto que Enrique VIII acababa de desembarcar en Calais y asediaba á Boloña. Carlos V se apoderaba de Saint-Dizier en la Champaña, los imperiales llegaban ya á Château-Thierry y reinaba en la capital un terror pánico. Los parisienses comenzaban á emigrar con sus muebles á Orleans. Francisco exclamaba: « ¡Dios mio! cara me cuesta la corona que creí recibir de tí como un regalo. » Mas el campo enemigo era presa del hambre y las enfermedades, los ingleses se obstinaron delante de Boloña en vez de auxiliar á sus aliados y Carlos V se apresuró á negociar, por-

que le importaba tambien contener los progresos de los luteranos en Alemania.

La paz se firmó en Crespy. El emperador y el rey se restituyeron mutuamente lo que se habian conquistado, Francisco siguió ocupando la Saboya y el Piamonte y Carlos prometió además la investidura del Milanésado al hijo segundogénito del rey, lo que no tuvo efecto porque murió el jóven príncipe. Enrique VIII se quedó solo, y sin embargo, no quiso tratar hasta el mes de junio de 1546, en cuyo tiempo devolvió Boloña, mediante 2 millones pagaderos en ocho años.

Francisco I sobrevivió muy poco á este último tratado, pues falleció el 31 de marzo de 1547. El odioso degüello de los valdenses fué el baldon de los últimos años de su reinado. Sucedióle su hijo Enrique II.